

sonalmente Constantino y estimula á los suyos; pero cuando ve perecer á la patria exclama: *¿no habrá un cristiano que me corte la cabeza?* y lanzándose en medio de la pelea cae atravesado de golpes y cae con él el imperio de Oriente. Emprendida por los griegos la fuga penetran por todas partes los turcos y comienzan la carnicería: una población entera en la que se hallan confundidas y niveladas las clases en una esclavitud común, llenan el aire con sus alaridos, ricos, pobres, vírgenes, matronas, monjas y sacerdotes, en número de sesenta mil y son abandonados á la brutalidad de los bárbaros. Pocos días después de la entrada en Constantinopla Mahomet inunda aquella plaza con la sangre de los más ilustres personajes, atraídos por el pérfido anuncio de un generoso perdón.

La toma de Constantinopla, terrible expiación de los griegos cismáticos, había de tener por resultado el mantener en medio de la civilización cristiana el islamismo, que enseña una religión sin misterios, un culto sin sacerdocio, retardando la obra de los siglos de la legislación romana y cristiana, renovando la servidumbre doméstica y la poligamia, acompañada de los crímenes inseparables de ella y de los males con que la naturaleza paga á los que la ultrajan, sosteniendo, por fin, en Europa el anacronismo de un Estado bárbaro, sancionado en el canon de Mahomet, código que proclama sin vergüenza el despotismo más ilimitado, que consagra crímenes tan detestables como el parricidio de todos los hermanos del primogénito del sultán, el derecho de éste á la vida de sus vasallos y á todas las repugnantes liviandades del serrallo. Y aunque Mahomet respetó la existencia de la Iglesia griega, mas los altos dignatarios han de obtener á elevado precio el *berat* del gran Señor, ó sea la investidura: ¿podían conservarse libres las elecciones y respetados los cánones donde la voluntad del soberano constituye la ley suprema? No se hace, por tanto de extrañar que los nombramientos se hayan obtenido mediante fuertes sumas, y que el menor descontento haya atraído á los titulares el destierro ó la decapitación. El cautiverio de los griegos, sujetos al durísimo yugo de Turquía desde poco después de la definitiva separación de la Iglesia Romana, lo describe con sangre el propio Bozio. El mayor elogio del Catolicismo Roma-